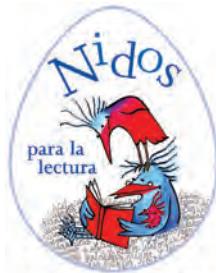


Los tres bandidos



loqueleo

TOMI UNGERER

Los tres



bandidos



A los padres...



DURANTE ESTA ETAPA de alfabetización inicial, el niño necesita ganar confianza en sus habilidades como lector. Por ello los álbumes o libros de imágenes, que establecen un diálogo entre ilustración y palabra, se convierten en un reto para estimular su autonomía. Si antes de “aprender a leer” ya sabía interpretar imágenes, ahora esa capacidad se conjuga con sus conocimientos alfábéticos y le brinda una nueva experiencia: la de construir sentido, a partir de la combinación de lenguajes.

Internarse por el mundo de *Los tres bandidos* es una aventura fascinante, no sólo por la historia en sí misma, sino por el doble juego que

el álbum propone al lector. A medida que se apoya en las ilustraciones para descifrar el texto, irá descifrando también la riqueza de los colores, de la composición y del estilo de Ungerer. Y mediante esa conversación entre el arte y la literatura, enriquecerá su sensibilidad artística.

Es muy importante que los adultos continúen estimulando las amplias posibilidades que ya posee el niño como lector de imágenes, sin sacrificar la ilustración en aras de la mera competencia alfábética. Porque esta obra no es simplemente “una historia con dibujitos”, sino una oportunidad para seguir deleitándose con los múltiples

lenguajes que se entrecruzan en nuestra cultura actual.

La publicación de *Los tres bandidos* en 1961 marcó un hito en el género de los álbumes infantiles. La fuerza expresiva, el humor y la originalidad de su diseño lo han convertido desde entonces en uno de esos clásicos contemporáneos que no deben faltar en la biblioteca de los niños. A todas estas razones se suma la fructífera trayectoria de Tomi Ungerer, quien obtuvo el Premio Andersen de Ilustración en 1998.

Yolanda Reyes

DIRECTORA DE
LA COLECCIÓN

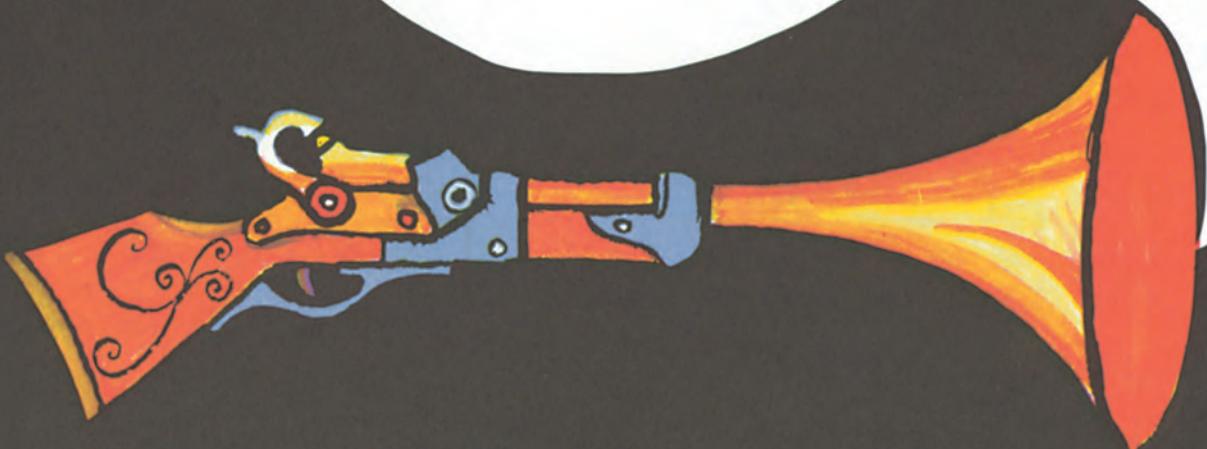
Había una vez tres feroces bandidos
con grandes capas negras
y altos y negros sombreros.

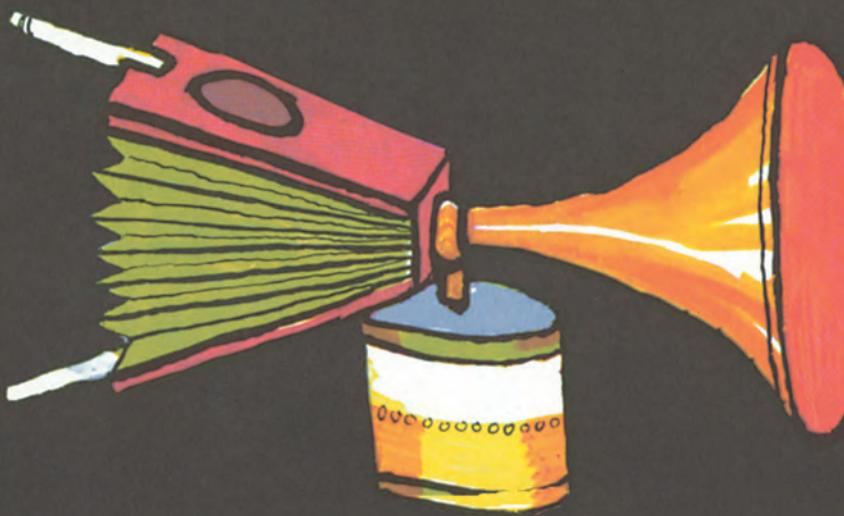


El primero tenía un trabuco.

El segundo tenía un fuelle con pimienta dentro.

El tercero tenía una enorme hacha roja.









Por la noche,
cuando estaba más oscuro,
se emboscaban cerca de los caminos.



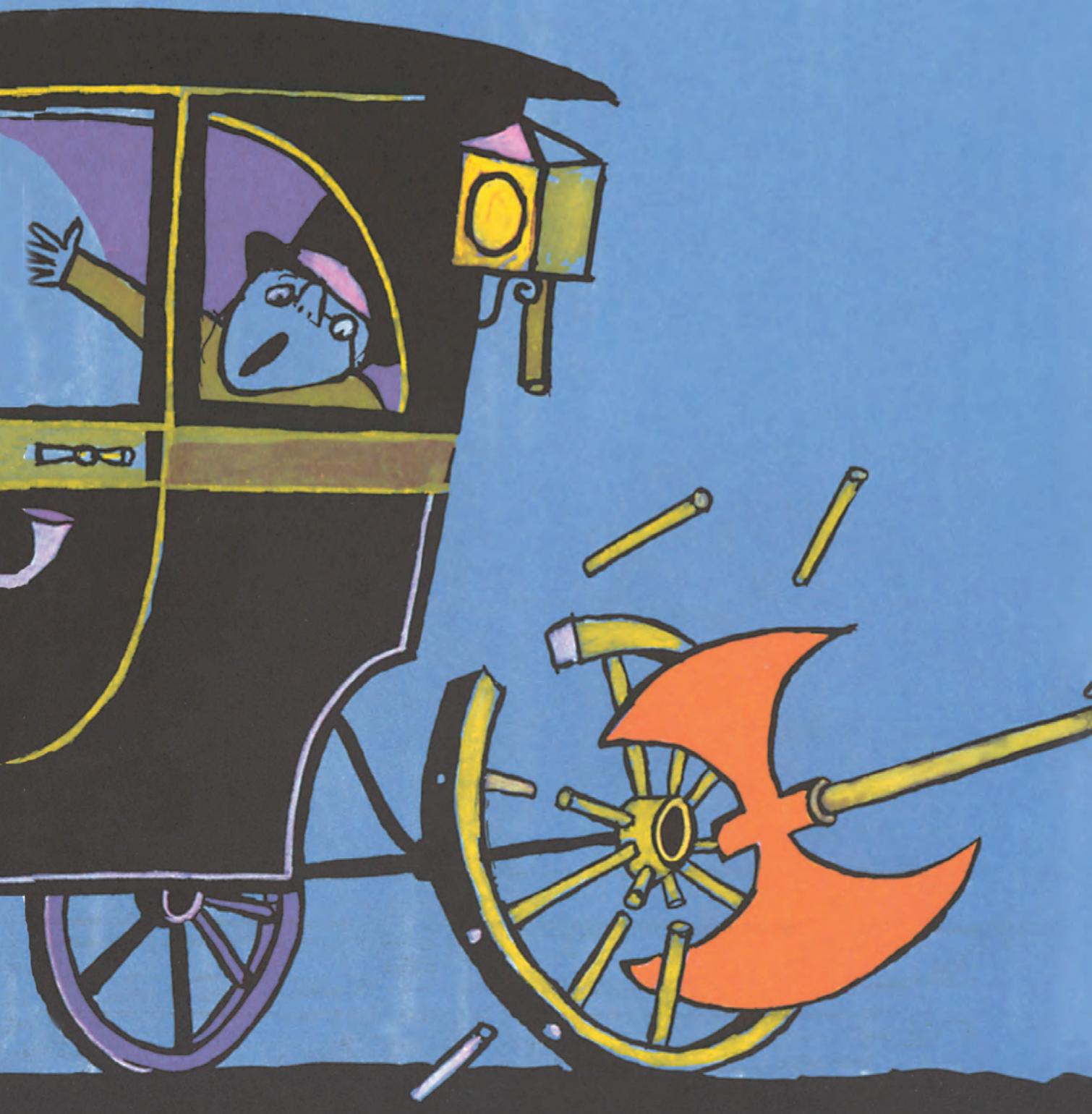
Eran unos tipos terribles. Cuando aparecían, las mujeres se desmayaban de miedo, los perros encogían la cola y hasta los hombres más valientes echaban a correr.



Cuando pasaba una diligencia
les echaban pimienta a los caballos
en las narices. Y la diligencia
tenía que detenerse.







Luego destrozaban las ruedas.



Amenazaban con el trabuco
a los viajeros y los desvalijaban.





Los bandidos tenían su guarida en
una cueva, en lo alto de la montaña,
y se llevaban allí su botín.





Tenían cajas y cofres llenos
de oro, perlas, anillos, relojes
y piedras preciosas.



Una noche muy oscura asaltaron un carruaje en el que sólo había un pasajero. Era una niña pequeña que se llamaba Úrsula y estaba triste porque era huérfana y viajaba a casa de una anciana tía con la que iba a vivir para siempre. Y eso no le gustaba nada a Úrsula. Por eso se alegró cuando se encontró de pronto con los bandidos.



Como los bandidos no encontraron nada, aparte de Úrsula, envolvieron a la niña en una manta para abrigarla y se la llevaron a su cueva.



Allí le prepararon una cama mullida
para que pudiera dormir.



Cuando Úrsula se despertó
por la mañana vio las cajas y
los cofres llenos de tesoros.

“¿Para qué quieren todo esto?”,
preguntó a los bandidos.

Los bandidos se miraron
perplejos unos a otros.
Nunca habían pensado
lo que iban a hacer con
todas aquellas riquezas.

